

ir bajando las escaleras, con algunas frases no muy lisonjeras.

A poco llegó el señor Ponce, dueño de la casa que debía yo habitar, y le entregué la carta que su paisano me dió recomendándome; este caballero me hizo una perfecta acogida; me presentó á su señora y á su hija, jovencita de quince años, y quedé definitivamente instalado en la casa como pensionista, pues aquella era una posada de huéspedes en la que sólo vivían cuatro estudiantes de medicina y uno de derecho.

Cuando hube descansado un poco y tomado algun alimento, salí á la calle, dirigiéndome acto continuo á la Puerta del Sol.

En efecto, de la de Pelayo atravesé una cuadra; entré á la calle de Hortaleza y de ahí desemboqué á la plaza que tiene el pomposo nombre mencionado.

Esta es oval y mucho mas reducida que la Plaza de Armas de México; en el centro alardea una fuente poco monumental, de cantera, y los edi-

ficios que flanquean esta plaza son altos y de cuatro á seis pisos:

Los bajos están ocupados por almacenes de ropa, mercancías, librerías y otros artículos, y la concurrencia que la frecuenta es regularmente numerosa, especialmente por las mañanas y las noches. Esta es la Puerta del Sol, que no tiene jardín, estatuas ni otra cosa que pueda hacerla remarcable. A ella afluyen la calle de Alcalá, una de las mas anchas y rectas; pero poco extensa é irregular en el piso y que rompe del paseo del Prado; la calle de San Gerónimo, paralela á la anterior; en la misma línea; en el extremo Oeste de la plaza, la de la Independencia, la del Arsenal que conduce al Teatro Real y mas adelante al Palacio Real; la calle de Atocha, ancha é irregular, igualmente que ésta, se halla situada al Sur de la Puerta del Sol, y otras dos ó tres que no recuerdo. Estas son las calles anchas que tiene Madrid, porque la generalidad son estrechas, tortuosas, con edificios anticuados y el todo revelan



do que es una de tantas ciudades que cuentan muchos siglos de existencia.

En la actualidad se construyen unas calles nuevas hácia el Este de la ciudad, por el duque de Salamanca á que han puesto "el barrio de Salamanca" y esta fracción sí es hermosa y guarda una regularidad perfecta así como un aspecto moderno la parte arquitectónica de los edificios, aunque sencillos.

Lo que es verdaderamente monumental, es el Palacio Real, que está situado al Oeste de la ciudad; aunque tiene el inconveniente de que mas allá, á su costado derecho, no hay ya población, sino un campo erial y triste, sembrado de gujarros y lleno de desigualdades; y al confín, que no está muy distante, el Guadarrama, riachuelo que lleva muy poca agua y en el que se miran constantemente un regular número de lavanderas.

El interior del Palacio Real no lo he visto aún; pero he oido decir que es suntuoso por el sinnúmero de obras de obras de arte y las ricas tapicerías que

contiene; así como algunos frescos de Tiépolo y otros autores.

En general podemos decir, que la ciudad tiene pocos edificios propiamente monumentales, incluso los pocos templos que hay en ella; de los primeros, despues del palacio Real, se pueden enumerar: el Museo de Bellas Artes, que está situado en el Prado, que puede ocupar dos manzanas; el Ministerio de Fomento: la Academia de Artes de San Fernando; el Museo de Artillería; la Adrana; el palacio de las Córtes; el de Buena Vista, en donde recide Prim y que está contiguo al paseo del Prado y unos pocos más de duques y marqueses. De iglesias, la de San Francisco que es un poco baja, y la de las Salesas son las mejores; porque las demás no pasan de regulares.

Lo que Madrid tiene de mas precioso, son sus paseos y jardines: éstos sí son espléndidos, especialmente el del Prado, que corre de Sur á Norte y comienza en Atocha, que es un templo en el que se venera una vírgen de este nom-



bre, y termina en la Fuente Castellana.

Este paseo lo constituye una ancha calle de árboles con asientos aquí y allí; jardines colocados de trecho en trecho y algunas fuentes: al lado de esta larga calzada, en la parte Este, está situado el Museo de Bellas Artes, y poco mas adelante, en la misma línea, el Jardín botánico, que es magnífico por su extensión y la rica colección de plantas medicinales que contiene.

Poco antes de llegar al frente del Museo, queda la entrada del paseo de los Recoletos, que aún no conozco y del que te hablaré en otra carta.

Respecto de la renombrada Fuente Castellana hasta por las novelas, lo mismo que de la famosa Puerta del Sol, te aseguro que la tal fuente no tiene para mí mérito artístico alguno que llamar pueda la atención. Todo se reduce al tazon ó recipiente en cuyo centro se mira un carro tirado por leones con la estatua de una reina, todo en mármol y de un trabajo monótono y barroso. Otro tan-

to se puede decir de las estatuas de reyes que hay en la plaza de Oriente, situada frente al costado izquierdo del Palacio Real, que todas son churrigüescas y sus paños de forma inverosímil: tal vez sean retratos auténticos de reyes y por eso los conservan; pero francamente, son unos espantajos que no debían estar colocados en una plaza pública.

Toda la belleza de Madrid consiste en los pocos edificios públicos y particulares que he mencionado; pero en general te diré, María, que al recorrer la ciudad, no hallé esa grandeza que yo me esperaba, sabiendo que ella habia sido la Metrópoli de una parte considerable de América y la capital de España. Madrid, en mi concepto, es por su aspecto general, por sus templos y edificios, muy inferior á la capital de México.

Una ciudad, que la mayor parte de sus calles son estrechas y tortuosas y sus edificios en general anticuados y raquíticos, no puede presentar un her-



moso golpe de vista; mientras que una ciudad como México, que tiene una catedral que puede lucir en donde quiera, edificios modernos de formas elegantes, hermosos jardines y paseos dilatados y anchas calles tiradas á cordel y bien orientadas, si se puede decir que es hermosa y el aire y la luz circulan con libertad y los habitantes no están comprimidos hasta en su respiracion como los que viven en las ciudades antiguas, metidos en ese hacinamiento de casas viejas y tristes y circulando en callejuelas que no tienen salida.

Por esta circunstancia, la parte mas bella de Madrid, es indudablemente la de Oriente, porque es la mas despejada y regular, la que contiene los paseos y la que recibe mas luz y tiene un carácter mas moderno.

Esta tarde estuve en el paseo del Prado para ver la concurrencia que afluye á él diariamente, y aunque ésta no dejaba de ser numerosa, especialmente la pedestre, la que constituye la de la aristocracia no era tan abundante,

si vale calcularla por el número de carruajes que corrian de un extremo á otro, haciendo parada en la fuente Castellana.

Sin querer trage á la memoria al ir me paseando nuestro paseo de Bucareli, y hallé que era muy superior al del Prado de Madrid por la mayor cantidad de carruges y los lindos y ricos troncos de caballos y mulas frisonas, que constituyen el mayor lujo de nuestros potentados. Pero ¡te diré, que en esta línea sobrepuja nuestro número y lujo de carruajes al de los que corren de los Campos Eliseos al Bosque de Botoña en París? Pues así es la verdad y no temo que me contradigan los que han visto ambos paseos.

En México, aunque no hay aristocracia propiamente dicha, sin embargo, las libreas de los cocheros y lacayos de los ricos son lujosas y, mas que República, México en esta línea, parece una monarquía: de modo, que el paseo en todo su conjunto, por el lujo de carruajes, brillo de las libreas, y bondad de los ca-



berse fijado en un príncipe italiano para el sucesor de Isabel y uno de los reyes que empuñaron el cetro español; esto no me compete á mí, que solamente trasmito á una amiga mis impresiones de viaje; la tarea de referir la historia de los acontecimientos que acaban de pasar toca á la prensa, y si tú deseas instruirte á fondo en esta línea, no tienes mas que leer las correspondencias de los corresponsales de Madrid publicadas en nuestra prensa. Yo cumplo con la misión de contarte lo que vea y, en suma, transmitirte mis impresiones; conque, con lo dicho, comencemos, pues, nuestro trabajo.

Con alguna anterioridad, cuando se anunciaba la probable elección en el príncipe Amadeo para rey de España, tanto en algunos círculos de personas, como en algunos periódicos, especialmente en el "Pensamiento Español," altamente conservador, se vertían especies notablemente ofensivas contra el hijo de Víctor Manuel, descendiendo hasta la vulgaridad de criticar su

físico, diciendo: "el príncipe *Macarron* es muy feo, le falta una oreja; ¿no han visto ustedes su retrato?"

Estas y otras ridiculeces espetaban, como he dicho, las gentes ociosas, el vulgo ignorante y los periódicos, que es mucho decir, tratándose de la prensa que debe ser mesurada y de ninguna manera caer en tonterías y ridiculeces.

¿Y sabes de dónde se originó la idea de que Amadeo era mocho? Admírate, María; de que se vió su retrato fotográfico de tercio perfil y, como se le veía solamente una oreja, qué sé yo en manos de qué gente ignorante cayó, que propalaron que al príncipe le faltaba ese miembro.

Así por el estilo se vertían insultos y apodos para desprestigiar al futuro rey de España.

No obstante ésto, en las altas regiones oficiales, se debatía sobre la venida del príncipe extranjero, á la que se oponía con todas sus fuerzas el partido conservador; pero vencido éste en el campo de batalla por las fuerzas del



general Prim, prevaleció la opinion de los diputados liberales así como de una gran parte de la del público, que por fin decidió á Amadeo, que verificó su salida de Italia, dirigiéndose á uno de los puertos de la Peninsula.

En los días próximos á su llegada, las sesiones en las Cortes eran tumultuosas, y habia veces que poco faltaba para que los diputados llegaran á las manos, hasta que una noche, en que la sesion terminó á las once y en la que se encontró el general Prim, al salir éste para su casa de Buenavista en su coche, acompañado de un oficial de su estado mayor, fué acometido por todos lados en la calle del Turco por una banda compuesta de trece asesinos que le dispararon á quema-ropa sus mosquetes, hiriendo gravemente al general, así como un poco ménos á su compañero.

Iba yo á meterme á la cama cuando se oyó la detonacion de las armas que herian á los personajes referidos; pero por el momento todo el mundo ignoró

la causa y el lugar donde se perpetraba el crimen, hasta que á otro dia se generalizó la noticia en la ciudad y todos corrian á la calle del Turco para ver las señales que habian dejado las balas asesinas en los muros de las casas.

Yo fui uno de los curiosos, y en efecto ví los agujeros que habian hecho los proyectiles y noté la sensacion que el acontecimiento habia causado en el ánimo de los habitantes de Madrid.

El general Prim dejó de existir esa misma tarde y de su palacio de Buenavista fué trasladado el cuerpo á la iglesia de Nuestra Señora de Atocha, que está situada en las afueras de Madrid, hácia el Sudeste, de donde rompe el paseo del Prado.

Ese mismo dia era el designado para que Amadeo verificara su entrada á la ciudad, en la que se comenzaban á hacer desde la víspera, grandes preparativos, arcos de flores y otros adornos; pero acaecida la funesta muerte de Prim, Amadeo ordenó que se suspendieran todos esos arreos de ornato y no



se pensara en disponerle una entrada fastuosa.

Al segundo día del fallecimiento del general, y cuando aún se depositaba su cadáver en Atocha, desde bien temprano comenzaron á salir las tropas del centro para cubrir el paseo del Prado desde su entrada hasta el Palacio de las Cortes, siguiendo por la calle de Alcalá, la Puerta del Sol, la calle de Independencia y el Palacio Real.

Toda la guarnición estaba en movimiento y los habitantes de Madrid corrían en masa para el Prado hasta Atocha y por todas las avenidas por donde debía pasar el nuevo rey.

Yo creo que no quedó una familia, un solo español que no hubiera concurrido á ver la entrada de Amadeo; las calles y plazas estaban literalmente llenas de gente que aplanó la nieve que había en ellas.

Esta manifestación tan unánime me hacía pensar que los habitantes de la coronada villa estaban henchidos de júbilo y que todos acogían benévola-

te al príncipe para su rey; pero un incidente que referiré mas adelante y lo que aconteció despues, desvanecieron mas tarde el concepto que me había formado en cuanto á la general aquiescencia de los españoles para admitir una dinastía extranjera.

Uno de los oficiales que formaban la valla que estaba inmediata á las Cortes, era compañero mio en la casa de huéspedes en donde yo vivía, y éste me proporcionó un lugar cómodo junto á la tropa para que viera muy bien y de cerca al príncipe Amadeo que debía entrar al Congreso para prestar el juramento.

A la una del día, tronó el cañon hácia el rumbo de Atocha anunciando la llegada del rey y todo se puso en conmoción: comenzaron á sonar las músicas de los cuerpos en todo el largo del paseo hasta el frente de las Cortes; la multitud se apiñaba contra el cuadro que formaba la tropa y especialmente junto al que estaba inmediato á la fachada del Congreso donde yo me ha-